

Sección literaria de "La Tribuna"

Ave, Envidia!

Aspid punzante de la envidia, Ave!
Tu fustigas la calma que congela,
El rayo brota en la violencia, el ave
En paz se esponja y acozada vuela!

Si hay Luzbel emanación divina
En ti hay vislumbre de infernal nobleza,
Rampante, alada, la ambición fascina
Y si tu instinto al lodazal se inclina
Reptil tú eres y tu ley es esa!

Mírame mucho que mi mente inflamas
Con la luz fiera de tus ojos crueles...
¡Ah si vieras cual lucen tus escamas
En el tronco vivaz de mis laureles!

Gozaste el día que abismé mis galas,
Cóndor herido renegando el vuelo;
Hoy concluye tu triunfo, hay en las alas
Fatalidad que las impulsa al cielo!

Si de mis cantos al gran haz sonoro
Tu cinta anudas de azabache fiero,
Sabio te sé: de mi auroral tesoro
Lo que dejes caer yo no lo quiero!

Esa cinta sombría es la Victoria...
Cuando describes tu ondulado rastro
Por todos los senderos de la gloria
Muerdes sombras de ala, luces de astro

Forja en la noche de tu vida impía
Cruces soñadas a mi blanca musa,
¡Si ha de vivir hasta cegar un día
Tus siniestras pupilas de Medusa!

No huyas, no, te quiero, a í, a mí, lado
Hasta la muerte, y más allá: ¿te asombras?
Seguido la experiencia me ha enseñado
Que la sombra dá luz y la luz sembra....

Y estrecha y muerde en el furor ingente;
Flor de una aciaga Flora esclarecida,
Quiero mostrarme al porvenir de frente,
Con el blasón supremo de tu diente
En los pétalos todos de mi vida.

Delmira Agustini

Los Caminos

Viejos caminos, caminos angostos
y amarillentos, cuántas veces nos
han llevado de niños por vosotros!
cuántas veces, ya hombres, hemos
ido por vosotros y por vosotros he-
mos llevado nuestra tristeza, nuestras
ansias y nuestros desengaños?

(AZORIN)

Canto a los caminos de mi país!
Caminos anchos y serenos que
corréis tranquilos como reman-
sos; caminos juguetones que es-
caláis a saltos las pendientes
azuladas de nuestras montañas,
con movimientos infantiles como
de chiquillos que trepan a los
regazos maternales; caminos que
subís lentamente; caminos que
bajáis ya precipitados, ya sin
apresuramientos; caminos de las
llanuras que os tendéis entre
alfombras de esmeralda en la
estación de las lluvias, y de ter-
ciopelo de un fondo claro en los
veranos: a menudo vuestra sole-
dad se ve interrumpida por los
mugidos y el rumor de tempe-
stad que los rebaños de toros
levantan al pasar. Vuestro sue-
lo marcado con sus huellas, y a
veces salpicado con su sangre,
habla de la vida de estos nóm-
adas saleajes. Después que ellos
se alejan, la paz inmensa en que
os envuelven las selvas en medio
de las cuales os deslizáis vuelve a
reinar, y el murmullo del viento
es el único que transita por vo-
sotros! Caminos todos que váis
a través de los campos de mi
país como mensajeros de frater-
nidad, ¡cuánto os amo y qué
lentos de belleza me parecéis!

Esta mañana la he pasado
contemplando las montañas del
Sur, cuyas crestas parecían des-
cansar sobre el cielo. ¡Qué quietud
se desprendería de sus flancos
vestidos de bosques, de maizales,
de potreros, entre los cuales los
caminos descienden hasta el valle
semajantes a pliegues gigantes-
cos! Un sol benigno de noviem-
bre tamizaba su oro a través de
una finísima gasa de niebla y un
agradable venticillo del Norte
hacía pensar en la dicha de las
alas. ¡Qué deseos sentí de
volar lejos de la ciudad, hacia
aquellas montañas, y luego su-
bir lentamente los caminos que
ascienden por sus pendientes.

Contemplando aquellos cami-
nos pensé dulcemente en todos
los senderos que surcan nuestros
campos: unos con sus cercas de
plúvula, de entre las que salen,
al menor ruido, bandadas de pia-
pias alborotadoras y de tijos de
repaje fúnebre; otros, los de
Cartago y también muchos de
las provincias del N. O. alegres
con la alegría que le ofrecen sus

vallados de piedras vestidas de
musgo y adornadas de rositas
silvestres o de rosas de Jericó,
de suave aroma; caminos de las
tierras calientes que pasan entre
setos tormados de árboles de
madera negra, que se engalan-
nan con sus ramilletes de flores
rosadas en el verano, de guachi-
pelines que por el mismo tiempo
alfombran la senda de pétalos de
oro, y de jñocuaves, buenos ár-
boles de cuyas ramas y troncos
mana una goma caritativa.

También pensé en los caminos
por los que ha pasado mi vida y
en cada uno de los cuales encon-
tré algo que parecía darle una
fisonomía particular.

Carretera aquella que sale de
mi ciudad hacia el pueblecillo
de S. y el que recorrí tantas ve-
ces cogida de la mano de mi
abuela. En los veranos era una
gloria mirarla: las cercas, forma-
das de itabos y de porós, flore-
cían. Los unos balanceaban los
raíces de sus flores blancas que
parecen campanitas de marfil y
los otros erizaban sus ramas de
puñalitos rojos. Y entre ellos
colgaba sus guirnalda blancas la
barba de viejo. A la entrada de
las casas humildosas había tron-
cos con macizos de guarías que
reventaban en el tiempo de las
quemadas, cuando comienza a tron-
nar, por marzo. En esta época
me parecía que en cada una de
las casas Dios había prendido
una soarisa. Oh! lindas flores de
guaría que cada año poneis el
encanto de vuestra belleza frágil
hasta en las chozas más pobres
de mi país!

Un arroyuelo acompañaba un
buen trecho del camino: arroyue-
lo el más juguetón y cristali-
no que en mis días he visto.
Formaba un remanso bajo unos
sauces que metían sus ramas in-
dolentes en el agua. A su som-
bra ví siempre jóvenes lavande-
ras que golpeaban ropas y can-
taban. Recuerdo cómo comenza-
ba la canción que una, casi una
chiquilla entonó un día:

"Me aconsejan que te olvide,
yo no te puedo olvidar...."

Recuerdo también que esa
canción me siguió hasta que tras-
puse la eminencia, como una
golondrina que fuera volando por
el aire, a lo largo del camino.
Cuando dejé de oír la me pareció
que el encanto aquel, al que la
fina voz había puesto alas, se
había posado a descansar en las
ramas de alguno de los árboles
que coronaban la pendiente.

Más allá había una casita pin-
tada de azul y blanco con un

prado al frente y siempre que
pasé ví en él dos niños que jaga-
con unos cabrillos negros.

He vuelto a transitar esa sen-
da; pero con gran dolor de mi
corazón he visto cómo la ciudad
se va apoderando de ella: las
casas urbanas han ido lentamen-
te haciéndola suya. Casi todas
las rústicas viviendas que la mi-
rabán pasar frente a sus umbra-
les, han desaparecido. ¡Quién
sabe que propietario metió mi
arroyuelo por sus predios para
poner sus ocios de cristal a mo-
ver quién sabe qué pesadas rue-
das o hacer que los cantos de su
agua fueran a derramar sus me-
lodías sobre quién sabe qué
sembrado. En donde antes se
tendía el remanso, se levanta hoy
una casa barroca en la que habi-
ta la familia de un comerciante
retirado. Una vez, que iba yo
echando de menos el remanso y
las jóvenes lavanderas, ví al viejo
propietario paseando su gran
barriga, entre las coles y las
lechugas de la huerta que se
despliega al frente. Qué habrá
sido, me dije, de la dulce voz
que un día cantó:

"Me aconsejan que te olvide,
yo no te puedo olvidar...."

Pero no era ella la que aletea-
ba en ese momento en el aire,
sobre el camino.... Lo que sí fué
la tos del pesado burqués, y
aquel toser y aquel carraspear
fué lo que me acompañó un lar-
go pedazo del camino.

¿Qué habrá sido también de
los niños que jugaban con los
cabrillos negros? La casita aun
está en pie, pero cerrada y silen-
ciosa. Una de las paredes está
llena de musgo y amenaza ruina.

Pienso también con ternura en
otro camino que anda enredado
en las faldas de un cerro de la
cadena central y que sube en
pendiente hasta la limpia cabaña
de techo pajizo, en la que viven
unos sencillos corazones que me
quieren bien. A la entrada, cer-
ca de la huerta, una planta de

pastoras extendía sus ramas y
dijérase que salpicaba de alegría
la choza con las hojas rojas que
brotaban en el extremo de las
ramas. ¡Cuántas veces me senté
en el banco que hay junto al
umbral a mirar y mirar el cami-
no amarillento, que comenzaba
allá abajo donde un grupo de
eucaliptos levantaba su ramaje
plateado y, después que pasaba
frente a la choza de las pastoras,
se metía por un recodo entre
paredones tapizados de helechos
y de jarales! En las mañanas
olía bien aquel camino ¡buen
Dios! Las flores de jaral desple-
gaban al sol sus florescencias
de oro cargadas de perfume ener-
vante y de miel, sobre las que
zumbaban enjambres enteros de
abejas de picusaro y de esos
abejones negruzcos que fabrican
con la miel de esta flor sus bolitas
dulces y perfumadas, que meten
en el interior de troncos y ramas
y las cuales son una golosina
buscada con afán por los chiqui-
llos campesinos. Los eucaliptos
del bajo dejaban caer sobre el
sendero su sombra delicada, que
uno creía tejida de seda y que
convidaba a soñar. Esos eucali-
ptos a que el viento hacía mo-
ver con un movimiento tan ar-
monioso y cuyo follaje de tonos
argentinos parecía diluirse en
las noches de luna en el ambien-
te, y la casita de las pastoras,
daban a este sendero un encanto
particular que nunca he sabore-
ado en otra parte. Cuando yo lo
recorría, era muy joven y me
mecía en sueños e ilusiones que
ahora se me antojan fabricados
de un tejido tan delicado como
el de la sombra de los eucaliptos,
sueños e ilusiones que después
la experiencia se ha encargado
de destejer con sus manos frías
y despiadadas. ¡Cuántas veces
pasé por allí lentamente cerca de
un corazón junto al cual el mío
se sentía tan dichoso como la
abeja sobre la flor en cuyo fondo
tiembla una gota de miel!

Pero después, la cruel deste-
jadora de mis ensueños me ha
enseñado la malicia y hoy, cuan-
do me sae al paso el corazón
sobre el que descansé tan confi-
ada antaño, el mío se replega
lo mismo que las hojas de la
adormidera cuando las toca algo
extraño.

Hay también el camino que
sale melancólicamente y corro
pesaroso de dejarlo, de un pin-
toresco pueblecito que queda en
el fondo de un valle, al otro lado
de la cordillera que tengo ante
mí. Es este un camino en el
cual las tardes de verano ponen
una belleza tan sutil que se teme
moverse y hablar por temor de
romperla. Es una belleza hecha
con luz suave de crepúsculo,
con los hilos de oro que dejan
caer las estrellas que se entre-
abren, con el murmullo del río
que se aleja, con el perfume de
las flores de los árboles de dama
y de tuete que crecen en los se-
tos y con mil cosas más que no
se sabe qué son, pero en las que
deben haber puesto sus manos
la tristeza, la alegría, el amor.
Hay a la vera de este sendero

un cementerio donde son ente-
rrados todos los campesinos que
mueren en el valle. Al pasar,
se ven cruces de madera y túmu-
los sencillos descansando sobre
una hierba siempre verde, por
que la refresca la humedad del
río que corre allí cerca. La tris-
teza suave que flota en aquel
recinto, parece envolver todo el
camino. En cada recodo de él,
creese encontrar a la Melanco-
lía sentada en uno de los bordes,
con su frente apollada en una
mano y los pliegues de su man-
to color de luna flotando al vien-
to.

¿Y el camino del picapedrero?
Es esta una carretera ancha, pe-
dregosa y desamparada, con
grandes potreros que se extien-
den a los lados y en los que paca
una que otra vaca. En el tiem-
po en que yo lo recorría muy a
menudo, trabajaba en ella un
picapedrero. En una hondona-
da del mismo camino se había
construido una cabaña, cuyo te-
cho era de hojas de plátano. Me
contarod que no era del país,
pero que hacía bastantes años
desempeñaba su oficio en el lu-
gar, y que vivía solo. Nunca
he visto una figura más desalen-
tada que la de viejo picapedrero
inclinado sobre la piedra que
trabajaba. Tenía los ojos apaga-
dos, dos pozos de desaliento, que
parecían derramarse y correr
por las arrugas que surcaban sus
mejillas flácidas y su frente. Re-
cuerdo los deseos que me daban
de tenderme y de no saber nada
más de nada ni de nadie, cada
vez que transitaba por allí en los
mediodías y veía ante mí la calle
que reverberaba con el sol, el
aire lleno de la vibración persis-
tente y monótona de las ciga-
rras y del ruido sordo y metálico
del martillo del picapedrero so-
bre la piedra. ¡Pobre viejo! De
dónde había venido y qué hacía
en la vida? Yo me alejaba, pe-
ro aquellos golpes secos me per-
seguián un buen rato. Me hacían
el efecto del estribillo de una
canción que dijese del cansancio
y de la inconsciencia de la vida.

Y en mi memoria continúa el
desfile de caminos: el de la igle-
sia con torres oscuras, con la
entrada engalanada con una
planta de bellísima, cuyas hojas
de un verde oscuro y las flores
rosadas, formaban arabescos de-
licadísimos sobre la pared blanca.

En el campanario vivía una
colonia de golondrinas. En las
tardes y en las mañanas, cuando
el sol encasquetaba un gorro de
oro en las torres y, tío, tío, las
campanas tocaban el Angelus,
las aladas criaturillas se alboro-
taban y hubiéran asegurado que
ellas eran los repiques que salían
volando hacia los campos. En
los mediodías, el cura, un buen
viejo de rostro infantil, se pase-
aba bajo los narajos del jardin-
cillo, leyendo en su breviario.

Veo también el camino del
joven campesino, tísico, que al
anochecer tocaba acordeón bajo
el cobertizo de su casa, y recuer-
do la infinta dulzura que invadía
mi alma al sentir el hilo de mú-
sica que iba temblando sobre el
camino, entre la luz sedosa que
tiene los crepúsculos de esa re-
gión, en el verano.

¡Caminos todos de mi país que
os deslizáis llenos de encantos
por entre nuestras tierras, ¡cuán-
to os amo!

CARMEN LIRA.

Nov.—1913.

LECHE NESTLE

Sin azúcar (Crema evaporada) de la más fresca
acaban de recibir los Agentes Generales

HENRI FRICK & Co.

DE VENTA DONDE:

Eduardo Castro S., La Marina,—San José
Tomás Fernández y Hno.,—San José
R. Cañas & Co., La Mascota,—San José
Otto Kopper & Co.,—Grecia
United Fruit Company,—Limón

AVISO

TIRAS de papel de 7 centí-
metros de ancho por 71 de largo, se
venden en esta imprenta.